



EL HOMBRE QUE INVENTÓ LA OSCURIDAD:  
TEODOSIO GARCÍA RUÍZ

JAIME RUIZ ORTIZ





El hombre que inventó  
la oscuridad:  
Teodosio García Ruíz

C O L E C C I Ó N

ANDRÉS IDUARTE

*Biografías y Perfiles*

José Manuel Piña Gutiérrez  
*Rector*

# El hombre que inventó la oscuridad: Teodosio García Ruíz

Jaime Ruiz Ortiz



Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Primera edición, 2014

Publicación de acceso libre por Internet.

Fotografía de portada: Alejandro Breck

Diseño de portada: Luis Acopa

® Universidad Juárez Autónoma de Tabasco  
Zona de la Cultura. Colonia Magisterial  
Avenida Universidad s/n C. P. 86040  
Villahermosa, Centro. Tabasco.

Se autoriza la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, siempre y cuando se dé crédito de la misma.

ISBN: 978-607-606-179-4

Impreso y hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

## Prólogo

### TEO: EL QUE ENCIENDE LA LUZ

KRISTIAN ANTONIO CERINO

A Teo dejó de entrarle la luz. No es de extrañarse, le sucedió a: Homero, a Jorge Luis Borges y a Ernesto Sábato, escritores de pasos firmes y prolongados. Un día Teo se vio inmerso en la oscuridad, y sin embargo allí, encendió la luz con las palabras.

En un ensayo que escribió Julio Villanueva Chang, periodista peruano, precisa que a diferencia del narrador de cuentos, que “en el fondo, no es más que eso: el que apaga la luz”, el cronista es “el que la enciende”. Podría decir que Teo encendió muchos focos con la narrativa y la poética.

Conocí a Teodosio García Ruíz (Cunduacán, Tabasco, 1964) unos años des-

pués que dejó de percibir la luz, como ocurrió con los autores de *La Ilíada*, *El Aleph* y *El túnel*. Supe de Teo ya en los tiempos en que leyó y escribió ciego: ¡Qué ironía! Los jóvenes de hoy no leen, ni escriben. Habría que arrancarles los ojos y mutilarle los dedos para ponerlos -como ofrenda- sobre la lápida de Teo.

El narrador y poeta nacido en Cunducán, aire y polvo en el que también abriera los ojos el escritor Manuel Sánchez Mármol, desarrolló -ante la ausencia de la luz- con mayor tesón el sentido auditivo: pasó a ser un oreja del mundo. Aprendió con facilidad a conocer a las personas a través de sus silencios, sus pasos y saludos. Entendió que ahora escribiría sin la luz y que dependería de los otros anónimos para traspasar sus creaciones a la hoja electrónica, y de paso, abrir y responder su correspondencia. Aprendió y entendió que una neblina en los ojos no detendría su producción literaria.



El día en que Teo murió (12-11-2012)  
escribí:

Me enteré con tristeza de su muerte. Teo, con estudios de posgrado en Educación, ganó muchos premios literarios y se desempeñó como profesor de telesecundaria. Mantuvo siempre intacto su espíritu de humanidad hasta el último día. Bromeó, habló como quiso, escribió como quiso. Así vivió. Ahora, si queremos que no muera, es y será necesario leerlo.

Sin embargo, de acuerdo con sus amigos, Teo ya deseaba que el ruido desapareciera por lo que se entregó rápidamente, y con esmero, a los últimos instantes. Se dejó morir.

Desde los 35 años, Teo dejó de ver “por una diabetes descuidada”, le dijo a Ariel Lemarroy, cronista tabasqueño. En la entrevista le contó los días caóticos por un intento de suicidio.

“Nunca he volado, a pesar de que como poeta uno es imaginativo, fantasioso”.

Sobre los vuelos de los poetas, Oliverio Girondo, escribió en uno de sus textos: que no perdona, bajo ningún pretexto, que la mujer no sepa volar, porque si no saben “¡Pierden el tiempo las que pretenden seducirme!”

Lemarroy le preguntó a Teo: ¿Cómo ha cambiado la ceguera tu percepción del mundo? Y sin pensarlo, le dio respuesta en el 2008:

Yo sigo viendo. Yo veo porque me acuerdo. Yo veo todo lo que vi y no me asumo como ciego. Hay un conocimiento del mundo pero también hay una fabulación del mundo.

En el libro *Ensayo sobre la ceguera*, de José Saramago, la ciudad es un caos por una pandemia de ceguera. Sólo la esposa del médico (entre los personajes) puede ver.

Novela en la que aparece un escritor ciego pero que escribe algo. No sabemos qué, pero escribe en su intento por documentar la ceguera colectiva.

Así aconteció con Teo: siempre tuvo algo que escribir, con luz y sin ella.

En este pequeño libro *El hombre que inventó la oscuridad: Teodosio García Ruiz* que publica el poeta Jaime Ruíz, el lector encontrará una entrevista de semblanza, como un homenaje a la trayectoria de Teodosio García Ruíz, autor de *Tripa de Pescado*, *Nostalgia de Sotavento*, *Yo soy el cantante*, entre otros.

Ruiz conversó con Teo y a raíz de este diálogo nos presenta la entrevista de semblanza o perfil periodístico, como ya lo ha hecho con otros personajes.

No quiso esperar más tiempo y, por decisión propia, consideró necesario hacer público este breve impreso, ya en manos del lector, en el que hallamos un enfoque de la vida literaria y personal de Teo. Nadie puede negar, quienes le conocimos,

que su lenguaje nos hizo reír días enteros, y que Jaime Ruíz aquí no los subraya.

El escritor polaco de no ficción, Ryszard Kapuscinski, esbozó que hay 5 sentidos en el periodista: estar, ver, oír, compartir y pensar. A Teo no le hizo falta algunos de éstos: estuvo y está, vio y ve, oyó y oye, compartió y comparte con sus libros, pensó y quiere seguir pensando, sólo pensando, en que le seguimos leyendo.

EL HOMBRE QUE INVENTÓ  
LA OSCURIDAD:  
TEODOSIO GARCÍA RUÍZ

JAIME RUIZ ORTIZ

*Por ejemplo tengo una regla:  
Si es morenita y chaparrita,  
entonces es nalgoncita.*  
Teodosio García Ruíz

Nos quedamos de ver a las cuatro en un café del centro, y cuando le escribí que llegaría unos minutos después de lo pactado, el poeta respondió con un mensaje de texto telefónico, diciendo que no había problema alguno: “como DIJO GAMALIEL<sup>1</sup> SIPP”. Así es Teodosio.

Entro al café de la calle Aldama, y como en el viejo Oeste, me encañonaron las miradas de los que estaban en el lugar. Ahí me esperaba el poeta, tras sus lentes

---

<sup>1</sup> Se refiere al escritor tabasqueño Gamaliel Sánchez Salinas, editor de la revista *Magisterio*.

oscuros. Su carne brillante mostraba las huellas de las batallas bajo el sol.

Teodosio García Ruiz come sus bisteces a la mexicana, y mastica cual roedor silencioso de invisibles bigotes, en compañía de alguien que no conozco. Lleva una camisa negra de franjas rojas, a un lado suyo su bastón (que es su tercer ojo), sentado como un perro guardián.

En el lugar se habla de política, del calor y de las chicas que pasan del otro lado del cristal. Suenan las tazas, las cucharas de acero remueven el tiempo desvelado en el café. La tarde huele a panes.

Teodosio termina sus bisteces. Habla sobre literatura. Sobre las últimas publicaciones y los que aparecen en ellas. De los poetas “eternamente jóvenes”, esos que nunca cambian, y de los últimos acontecimientos en el mundo. Explica que esa mañana desayunó cochinita pibil, y de su antojo por ir al restaurant “El Cejas” por unas empanadas de pejelagarto. Sus preferidas.

Presume, también, sobre los actos de escapismo que practica de vez en vez. El fin de semana llegaron, por ejemplo, a su domicilio los Testigos de Jehová, y “Les pregunté qué es lo que querían” -indica-, pero “cuando los Testigos se pusieron a explicarme la palabra de Dios”, les contesté, “Disculpen... Soy Católico”.

—¿Y cuando llegan los Cristianos, qué les dices?

—Pues les digo que no los puedo atender: Que soy Testigo de Jehová.

El día transcurre tranquilo allá afuera. Las señoras miran la ropa que sus maridos no les han comprado, mientras ellos admiran a las mujeres que no son suyas, donde la espalda pierde su nombre y a veces cobra sentido la vida...

—¿Si no hubieras sido escritor o maestro, hubieras estudiado Hotelería o Gastronomía?

—Mis grandes pasiones que no pude llegar a realizar es aprender a tocar guitarra... Pero mira mis dedos (y muestra una

decena de regordetes miembros) y tiente el aire invisible con ellos, como si tocara una guitarra.

Otras de mis grandes pasiones -continúa- era ser carpintero o panadero o mecánico. Me gustaba sacar el aceite. Ponerme el overol y mi cachucha, y meterme debajo de los coches. Me gustaba criar pollos y gansos.

En una telesecundaria, en Pico de Oro, a mediados de los ochentas, llevé un curso sobre cómo criar gansos; pero todos se me fueron en una inundación.

Dice esto mientras, aprovecha para definirse como un habitante del último tercio del siglo veinte, que se formó al amparo de una zona de bajo desarrollo económico y cultural, y que tratando de eludir ser obrero de Pemex, se inscribió a la profesión de docente para escribir y “leer el mundo y poder dialogar con él”.

—¡Mariana! -dice el poeta, y levanta la mano mientras invoca a una mesera local, que acude puntual al llamado.



—¿Algo más? -le pregunta ella, que, amable, intenta levantar su plato.

—Pérame (bromea), que todavía no me he llenado.

(Pedimos café americano: Dos por favor).

*Nostalgia de Sotavento* es un libro emblemático -continúa-. Habla del petróleo y mi niñez en Villa La Venta, Tabasco, donde viví con mi familia hasta los catorce años. Entonces, es fácil deducir que en estos poemas está la familia, las relaciones interculturales de los trabajadores inmigrantes, el caldo cultural del Sureste Mexicano y las implicaciones de la relajación social: las putas, la cerveza, el billar, las coctelerías, los accidentes petroleros, el viaje a la playa... Más que autobiográfico, es una liquidación de cuentas con mi padre.

—¿Y lo lograste?

—Hay cuentas que nunca se saldan -contesta seguro.

En Nostalgia hay costumbres que son propias de los grupos humanos. Los petroleros son eso, se dicen apodos, se tocan las nalgas, se mientan la madre.

En el poema “El complejo es una ciudad”, García Ruíz escribe: *Entran y salen los obreros. / Buscan en sus miradas respuestas / que el estómago no da; son felices / tocándose las nalgas / mentándose la madre / escondiendo los termos / y las loncheras.*

\*\*\*

Cuando yo entré al taller literario que conducía Fernando Nieto Cadena en la Casa de la Cultura de la UJAT, allá por 1979, lo primero que hicieron fue correrme.

Me corrieron porque el primer día llevé doscientos poemas en rima, que cuando empezaron a leerlos me dijeron que de todo eso ‘nada servía’. Algunos argumentaban que eran ‘poemas que rimaban’ y

otros decían que ‘esa poesía ya no se usa’ y remataban con que “no tenía yo posibilidades de ser poeta”.

Me dieron otra oportunidad porque la pintora Bertha Ferrer salió en mi defensa alegando, Lo que este muchacho tiene es sensibilidad, fue que me dieron chance de regresar, y así fue como todo comenzó. Saliendo del taller me fui a hacer tarea con un amigo que me prestó un libro de Efraín Huerta (el autor de *Transa poética*) y escribí un poema igualito al de Efraín.

¿Y qué me dijeron? Al día siguiente, sonriente y seguro volví al taller con un poema que me dijeron que era una maravilla.

¿Qué leía yo entonces? Fue en las páginas de la revista Tierra Adentro donde conocí el trabajo creativo de los talleres literarios en otras partes del país.

En ese tiempo “las librerías de Tabasco eran escasas y mal surtidas”. Treinta años después en una entrevista realizada por el periodista Samuel Soto Giles y publicada

en esa misma revista en el 2008, Teo explica que “Había una del Fondo de Cultura Económica, otra de textos científicos y algunas papelerías que vendían libros. Ningún profesor de Español en la secundaria promovía la lectura y eran bichos raros aquellos jóvenes que compraban y leían libros”.

\*\*\*

Teodosio García Ruíz (Cunduacán, Tabasco) nace el 5 de mayo de 1964; perdió la vista el 5 de mayo de 1999: El día de su cumpleaños 35.

Desde hace poco, compra sus libros y los introduce en su computadora a través de un scanner con el programa para invidentes llamado Open Book. Lleva un registro de los libros que lee. En 2007 leyó 72 y al año siguiente, 55. Un total de 127 libros en dos años.

“Lo bueno es que tengo mis amigos que me apoyan”, dice. Lo llevan y lo traen a donde va. Lo esperan por el Howard Johnson y si no tiene quién lo acompañe, entonces no sale. Aunque admite que tiene que invitarles algo, los refrescos, los cafés, y a veces la comida: “Hoy quedé con Gamaliel que vendría a buscarme, en una media hora debe de llegar”, dice seguro.

Cuando le pregunto sobre su ceguera y lo que escucha se pone serio y titubea, abraza con los dedos la taza de café que todavía humea, y la tienta con las yemas como a un silencioso piano.

Si hay dos cosas de las que el autor de *Furias nuevas* no quiere platicar, es de su ceguera y de la vez que se quiso matar.

Teodosio cuenta que para ubicarse toma como punto de referencia los sonidos. “Cuando encuentro un montón de olores fétidos es que estoy cerca de un cárcamo”. Afortunadamente, dice, a di-

ferencia de otros invidentes, yo conocí la ciudad.

Me formo una imagen de alguien que no he visto por tres cosas: Los dejo que hablen; pido información de ellos; y tien-to.

Sócrates decía “Habla para que te conozca”. Regularmente me formo un perfil psicológico de la persona con la que platico por medio de las preguntas que le hago. Y por sus respuestas, me formo un retrato psicológico de cómo es la persona, si es positiva o es negativa, si me va a fastidiar o me quiere utilizar, yo me doy cuenta.

También en el aspecto físico. Por lo general pido información de tres gentes como mínimo para reforzar y construirme una imagen mental de cómo es la persona, si es gordo o si es flaco o si es chaparro.

Incluso con las chicas, por ejemplo La Reina de la poesía que es una muchacha que anda por acá (y hace un paneo con la

cabeza como buscando a una de las meseras, como si viera). “Pedí informes sobre ella y dije: ¡Esa va a ganar!”

Por último: Tiento. Con el tacto puedo saber si la persona es gorda o flaca, si es alta o si es chaparra... o (en el último de los casos) en el abrazo de despedida.

Por ejemplo tengo una regla: “Si es morenita y chaparrita, entonces es nalgoncita” (ríe).

Entra alguien al café. Hace un ruido y -sin querer- golpea con el pie la pata de una de las mesas, lo que descontrola la plática con Teodosio, quien desenfunda al instante la pregunta “¿Quién entró?”

—Es un señor que no conozco -le digo.

—¿Es político, es escritor o es puto? -insiste con voz fuerte e indiscreta.

Y el poeta se reconforta cuando le explico de forma breve: que tiene algo de los tres.

Mejor que el gerente del negocio, está pendiente de lo que ocurre a su alrededor.

Sus oídos alertas responden a cualquier provocación, a cualquier amenaza armada con pluma o con pistola. Al sonido de las tazas, las cucharas, los periódicos que se hojean, de las voces que emergen de todos lados: El mundo gira alrededor de sus oídos.

\*\*\*

Si Pellicer tenía “los ojos en las manos”, Teodosio los tiene en las orejas. En sus pasos que miran a ras de suelo. En su bastón.

Los últimos libros de Teo irónicamente hacen alusión al sentido de la vista: *Con ojo de duende*, *Ojo con él*, *Sueño de la estirpe* y a la intranquilidad de la que fue testigo ocular en *Villahermosa, peligro para caminantes*. “Muchos de estos libros los escribí estando ciego”, apunta.

A menudo se le puede ver también en el centro en el “Café del Correo” o en el



café “La Cabaña”, suele rodearse de hombres de letras y pinceles.

No falta quien se le acerque con texto en mano, y le pregunte que ‘cómo ve’ el poema. El narrador le pide su punto de vista de la novela o el cuento que está escribiendo. Y el periodista sobre la crónica o la entrevista que talachea (según el caso), porque saben que Teo tiene buen ojo para escuchar bien.

Eleva la cabeza, ensamblada a sus lentes oscuros. Mira -sin mirar- a los que pasan, los que suben por la calle Lerdo y a unos pasos está la casona donde nació Gorostiza.

En esta esquina se venden libros de segunda mano; en la otra esquina se venden discos de primer oído.

(Se escucha una canción) “I know I’m searching for something, something so undefined” -es la canción de Billy Joel del disco Río de sueños, lanzado en 1993- (y continúa), “That it can only be seen, by

the eyes of the blind, In the middle of the night”.<sup>2</sup>

Levanta la cabeza, ahora más hacia la derecha -sobre Sáenz- está el domicilio donde nació Pellicer.

Teodosio se impone. Habla en voz alta, revolotea. Tira goles al aire, pelea con fantasmas imaginarios. “Habla, gesticula, voltea hacia todas partes como si viera -retrata el cronista Ariel Lemarroy-, tras los lentes oscuros, lo que confunde al mesero que de pronto, se acerca con una taza de café y choca con la mano del poeta”.

\*\*\*

A nuestras espaldas, donde es ahora la tienda Del Sol, vivió el “eternamente joven” poeta José Carlos Becerra.

A Teodosio también se le puede ver en presentaciones de libros, en entrevistas,

<sup>2</sup> Estoy buscando algo, algo tan indefinido... Que sólo puede ser visto, por los ojos de un ciego, en medio de la noche.

en los periódicos o en la radio, donde habla sobre literatura o de la grilla magisterial -según sea el caso-, de los índices de lectura entre los alumnos flojos, y de los maestros barcos.

Teodosio García Ruiz es el Patrick Süskind tabasqueño. En su mundo literario, “los billetes son arrugados y pestilentes” y las cosas tienen “aromas agradables al estómago y a la boca”.

Mientras Süskind nombra a su libro *El Perfume*; García Ruiz apuesta por *Tripa de Pescado*.

En *El Perfume*, Grenouille tenía a su disposición cien mil aromas específicos con tanta claridad, “que no sólo se acordaba de ellos cuando volvía a olerlos, sino que los olía realmente cuando los recordaba”.

Al nacer el personaje de Süskind fue abandonado entre las tripas de pescado, “en el mercado de les Halles”, por donde “el mar olía como una vela hinchada”.

En *Tripa de Pescado* Teodosio García Ruiz va en el camión, donde “los pasaje-

ros huelen a jabón, agua de colonia, sobacos agrios, sudor de campesinos y de caña”. También se puede “oler humedad, pobreza y ganas de estrenar los machetes y las limas que han comprado en el pueblo.”

El café ya está frío. A medio tomar. Lo tiene ahí para justificar su estancia. Teodosio mueve sus zapatos negros (sin calcetines) bajo la mesa como un par de péndulos. No es de sabios adivinar que está desesperado.

Aprieta una tecla en su celular, y “Hola”, sale una voz femenina del aparato, “Son las seis horas; cuarenta y tres minutos”.

“Por cierto -dice el poeta-, pinche Gamaliel no ha venido a buscarme, le voy a mandar un mensaje a Mario Ávila<sup>3</sup> a ver si viene por mí...”

---

<sup>3</sup> Mario M. Ávila, es un pintor radicado en Tabasco.





DEPARTAMENTO  
editorial cultural



Dr. José Manuel Piña Gutiérrez  
Rector

Dra. Dora María Frías Márquez  
Secretaria de Servicios Académicos

Ing. Miguel Ángel Ruiz Magdónel  
Director de Difusión Cultural

Lic. Luis Alberto López Acopa  
Jefe del Departamento Editorial Cultural

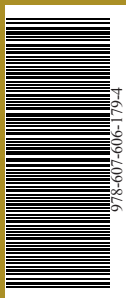


Esta obra se terminó de  
diagramar el 6 de junio de 2014,  
para su exhibición de libre acceso en  
internet. El cuidado de la edición estuvo a  
cargo del Departamento Editorial Cultural  
de la Dirección de Difusión Cultural.





**Universidad Juárez Autónoma de Tabasco**



**COLECCIÓN**  
**ANDRÉS IDUARTE**  
*Biografías y Perfiles*

PUBLICACIÓN DE ACCESO LIBRE POR INTERNET